

nuestros compañeros daban luz suficiente, lo apagamos y devolvimos á un mozo.....

Al demediar la tarde reposábamos en una cabaña de La Olla, rodeados de la docena de habitantes del vallecito de Coapan, quienes nos miraban con asombro y nos interrogaban con curiosidad. Nuestras caballerías ensilladas nos aguardaban á corta distancia, y una hora después desmontábamos en la posada de Tequepexpan.

Al día siguiente partimos para Santa María del Oro, de donde pasamos al cortijo de El Mirador, á tomar la carretera de Tepic para El Monte de los Cuartos.



UNA NOCHE EN EL ESTERO

elta
ndi-

UNA NOCHE EN EL ESTERO

AL amanecer acabó la lluvia torrencial que no había cesado en toda la noche; y, atravesando la plaza principal de Santiago Ixcuintla, cuyos pórticos estaban desiertos, y vacíos me parecían más largos, me dirigí al embarcadero, á ver los preparativos de nuestros bogas para la partida. Atracadas bajo los sauces de la ribera estaban muchas canoas, casi llenas de agua llovediza, y en cada una achicaba un barquero descalzo y con pantalones y calzoncillos arremangados hasta los muslos. Todos los barqueros en fila achicaban á la vez: con simultáneos movimientos introducían en el agua el ancha paletilla del remo; la levantaban, y arrojaban el líquido al río. Entre risas unos, y otros con exclamaciones, se referían al mismo tiempo sus trabajos de aquella noche tempestuosa: quién había tenido que descargar su barca en mitad de la tormenta, para salvar las mercancías, co-

elta
ndi-

locándolas en el cobertizo de la playa; á quién sorprendió la noche lejos aún de Santiago Ixcuintla, y tuvo que luchar con el viento, el aguacero, la creciente y las tinieblas, para haber de arribar á la madrugada, cansado, soñoliento, empapado y atarido, y quién hecho un odre se durmió en el fondo de su canoa, y no sintió que embarcaba agua sino hasta que ya casi se ahogaba.

Una de esas canoas, la mayor y más fuerte del Ayuntamiento de Santiago Ixcuintla, era *El As*, que yo había elegido para una travesía á lo largo del río Grande y del estero que desemboca en la barra de San Blas; y los remeros que contraté para tripularla eran muy expertos y duchos en la maniobra.

A las seis de la mañana, colocados nuestros asientos y ligeros equipajes en la camareta que á cierta distancia de proa y de popa formaba un tendal, tres pasajeros á bordo de *El As* nos confiábamos á la poderosa corriente del anchuroso río, plateada á trechos por altos copos de espuma, y llena de ramas y hojarasca arrastradas desde las selvas.

Dejábamos á Santiago á la derecha, por cima de cuyos árboles y tejados se veía la torre azul al alejarnos lentamente, y desde un alto corredor, abierta una persiana, *Mar* agitaba su pañuelo, mirándonos con semblante afligido y lloroso. Pasamos por en frente de la margen de El Pueblo Nuevo, crecida de sauces frondosísimos, una barriada casi tan grande y populosa como la principal de Santiago Ixcuintla; pero más primitiva, salvaje y pintoresca,

con su suelo arenisco, sus casetas de palmera y sus silvosos huertecillos. Nos alejamos mucho. Quedó escondida la población entre su pomposa verdura, y todavía, y aun á mayor distancia, se miraba al alejarnos, la torre azul de la parroquial, destacándose junto á El Calvario, de verdor opulento, á cuyo pie se alza.

En las apartadas orillas del río alternan con bosques altísimos dilatados campos, brillantes, floridos de estrellas blancas y rosas, y entre los yerbajales de las playas se divisan disformes corpazos de caimanes que, al aproximarse *El As*, ó al tronar nuestras carabinas, se arrojan sin estrépito en el agua, se hunden y reaparecen lejísimos. La caza de estos saurios nos entretuvo todo el día. En algunos sitios de los que atravesábamos abundan tanto, que por todas partes asomaban su hocico prolongado y plano, y su dorso robusto y escamoso, ya nadando ágiles y deslizadores, con esfuerzos de la potente cola, ya tendidos é inmóviles, abandonados á la corriente, y confundiendo con los ramazones que flotaban.

Un balazo en la cabeza, única parte vulnerable del caimán, como de sus congéneres el cocodrilo y el gavial, protegidos en el resto del cuerpo con los escudos córneos y las crestas dentadas y duras de su piel coriácea, los hacía sumergirse, y en breve salir á flor de agua, volqueándose, y mostrándonos su pecho pardusco, ó gris amarillento, rayado á cuadros, y sus cuatro patas, cortas y palmeadas, provistas de cinco dedos separados las de adelante, y

de cuatro las de atrás, unidos por una membrana que facilita la natación, y armados, tres en cada pata, de uñas corvas y puntiagudas. En sus boqueadas les mirábamos la lengua adherida en toda su longitud á la mandíbula inferior, y las cavidades de la superior, donde, cuando ambas se juntan, se alojan los dientes arregazados y más largos, que con el tiempo la taladran y sobresalen.

Lazábamos algunos caimanes heridos, y con la fuerza con que de un colazo derriban un toro, se llevaban nuestra embarcación de una margen á otra, distantes centenares de metros, la remolcaban río arriba, la arrastraban con rapidez vertiginosa río abajo y la hacían zozobrar hasta que los soltábamos, ó lográbamos sacarlos espirantes á la ribera.

Con este pasatiempo llegamos al boquete del estero á eso de las cinco de la tarde, y bogando por entre las mohedas que allí empiezan, abrimos latas y botellas, que hasta entonces nos acordamos de comer, y lo hicimos con una voracidad rayana en la de los caimanes, que se engullen su presa, no la mascan.

Encontramos el estero invadido por el bosque; hecho un algaida. Los manglares se entrelazan dentro del agua, donde flotan sus ambas, y en cada bogar se enreda *El As* en la maraña, y hay que romper brecha con los machetes de que van provistos los barqueros. Nos internamos más, y hallamos atravesadas en el estero gruesas ramas de camichines, de alimos, ó licanias, entre líquenes, helechos y huembes que los envuelven, y algún tronco de-

ribado á corta altura, suficiente para que pasen por debajo pequeñas canoas; pero la nuestra no cabe, y á hachazos se le abre camino. Fué preciso quitar el tendal que la cubría, y quedamos expuestos á la lluvia que de un cielo pardo negruzco empezó á caer desde la anochecida. Bien pronto empapó la fronda que colgaba hacia el estero, y corriendo por ésta iba á caer en la barca. Nos acaparramos á nuestros impermeables, pero á las dos horas nos resolvimos á desnudarnos y á ayudar á los bogas en su afanosa lucha con el follaje que obstruía el paso, y con el agua que hacía la barca, y que los obligaba á dejar los machetes y hachas, para achicar con los remos. Sin éstos ni la palanca navega *El As* trabajosamente, empujado por nosotros, asiéndonos de las ramas altas, mientras los bogas destrozan las bajas. En ciertos parajes saltaban en el agua los cuatro, y sumergidos hasta el pecho ó la cintura, empujaba uno á popa la canoa; otro tiraba de ésta á proa, y dos á babor y á estribor la desenlazaban rompiendo el ramaje. Así avanzábamos unas cuantas brazas en cada hora; y á cada paso se estrechaba más el estero en medio de la selva oscura é impenetrable. El agua nos baña, nos corre por todo el cuerpo, chorrea por las narices y la barba y nos ha pegado á la piel los calzoncillos arremangados hasta la rodilla, única ropa que nos permiten la lluvia incesante y la ruda maniobra. Nos enjugamos con los pañuelos, y bien pronto volvemos á quedar ensoпадos. La mollina continúa; el rumor de su caída en el este-

elta
ndi-

ro imita quejas y llanto, y en las tupidas hojas movimiento de alguien que se acerca, como si próximos anduviesen los tigres y caimanes que se persiguen en aquellos humedales.

Solemos llegar á sitios un tanto despejados: el bosque se retira, el estero se ensancha, vuelven los barqueros á la palanca, y en los hondables á los remos, y *El As* navega libremente. Nos sentamos en la borda los pasajeros, nos enjugamos una y otra vez el agua y el sudor con los pañuelos ya empapados, y descansamos del agetreo aunque brevemente. Relucen algunas estrellas á través del alto-estrato, se adelgazan las tinieblas en que el bosque se halla sumergido, brillan la mojada frondescencia y la corriente tranquila, retratando el firmamento gris y las negruras de la selva. Los grillos y sapos y cigarras cantan sin cesar, y de vez en cuando se oyen los gritos siniestros del antillo, oculto en algún hueco de apartado higerón.

Pero la noche se prolonga, el cielo se entolda más, á las tenues claridades sucede la densa obscuridad, el manglar se multiplica, se cierra, los bejucos trepan, se enredan, y otra vez empezamos la brega con hachas y machetes contra los troncos caídos y las ramas alabeadas, que invaden la corriente y decienen nuestra barca..... Tras largo hachear volvemos á ponerla á flote, y sigue con su interrumpido bogar entre la espesura. En momentos de descanso nos acomete el sueño; pero no hay dónde recostarnos; no hay un palmo seco ni á cubierto de la lluvia, y rendidos, desvelados, con frío

y rehilo continuamos de pie, ó sentados en la regala, de donde con frecuencia nos desaloja el ramaje con que van rozando las bandas de la canoa. Levantamos la vista al cielo, y sigue el alto-estrato inmóvil é inmutable; la dirigimos hacia adelante, y á corta distancia el estero desaparece entre un ejército de troncos que se alinean á babor y á estribor, rectos ó encorvados, de donde parten mil brazos que se levantan, se retuercen, se enlazan cargados de hojas y urilos de las plantas trepadoras. En partes, la obscuridad es completa, no se ven ni la claridad del cielo plumizo, ni la del estero, y se tupen las randas á través de las cuales se tamizaba la tenuísima luz del cielo: todo es tapetado, y á ciegas impelemos resueltamente la canoa, hasta que vuelve á chocar con un tronco, y se vara. Empezamos de nuevo la faena veinte veces repetida, de hachear, levantar los palos, sacarlos del agua y quitarlos del lecho del estero.

Torna á despejarse un poco de malezas, y se dilata y ahonda el cauce; pero en la barca ha subido el agua lo menos un pie, mientras nos dedicábamos á abrir paso; y á fin de no suspender la marcha, no achicamos con los remos, sino con los sombreros de los bogas y con los nuestros de paja, y hasta con vasos y platos. Desalojamos el agua del barco, é impertérritos, animosos y con fuerzas tan cabales como si empezáramos la faena, proseguimos macheteando mangles, lianas y cortinajes de hiedra extendidos de una margen á otra.

Cuando amanece, la lluvia, que había cesado un

elta
ndi-

instante, vuelve presto: se anuncia por el ruido con que gruesas gotas mueven la fronda, y se desata con violencia: se vela el estero con los hilos vaporosos de la tormenta, que no dejan ver ni en los parajes más descubiertos.....

Pasa el turbión, y sigue bañándonos una lluvia suave, que nos hiela y hace tiritar.

A las ocho de la mañana, después de veintiseis horas de navegación, nuestra larga y pesada canoa entra en la parte más ancha del estero, donde nos anuncia la proximidad del puerto de San Blas la multitud de canoas de leñadores, que aparecen á lo lejos, salidas de donde se juntan los manglares de verdor alegre que bordean el estero y dan á las aguas el mismo color. Pasan rápidamente junto á la nuestra esas canoas, tripuladas cada una por un barquero sentado á popa, que nos saluda. Volvemos á formar la camareta con el ten lal, y gracias á que nuestra ropa y equipajes envueltos en los impermeables y en la lona no se mojaron, podemos vestirnos.

Arribamos después de mucho bogar por esa parte anchurosa y profunda del estero, pues íbamos muy despacio, contra la marea, mientras que las canoas que venían del puerto cruzaban con rapidez, impelidas por la corriente, cuya dirección no se advierte á la vista; pero se siente al sumergir el remo en el agua.



INDICE

	Páginas
Dedicatoria	5
En la Sierra.....	9
Santiago Ixcuintla	31
Cuadro Sombrío que Aclara	57
Una Hora en la Playa.....	63
Mi Primer Día á Bordo.....	71
Cántico en el Bosque	81
Mexcaltitán	87
La Cruz de Tepic I	113
— II	119
El Monte de los Cuartos	131
En El Ceboruco. I La Aldea Negra..	140
— II. El Campo de los Mutilados	149
— III. Por Lavas y Bos- cajes	161
— IV. El Cráter Nuevo...	169
Una Noche en el Estero	183

